



Paz... ¿Paz?
¿Palabra alejada de la realidad?
Hojeando los periódicos
otros vocablos, antagónicos,
resuenan con fuerza:
guerra y atentados,
violencia de género,
fraude y corrupción;
discordias, descalificaciones,
ataques verbales y acoso psicológico...
¿Vivimos en tinieblas?

Una neblina de desencanto,
o nubarrones de pesimismo
envuelven nuestros días,
tal vez, nuestro ánimo,
tal vez, el sentido de vivir y de morir.

Hemos nacido para vivir,
y vivimos del amor
mientras esperamos
la luz del día sin ocaso.
No en vano, necesitamos FE,
creer en aquellas profecías,
en aquellas palabras de esperanza,
recuerdos perennes de la VERDAD:
“Dios es amor” (1Jn. 4,8) y misericordia,
pone su corazón en nuestras debilidades
y nos ilumina con luz propia:
la del Hijo,
“el sol que nace de lo alto” (Lc. 1, 78).
Así ahuyentará las sombras
que proyectan nuestros pasos
al andar por las calles del mundo.

Acojamos este SOL,
dejemos que arda el alma
por el calor de sus rayos
compasivos, tiernos,
serenos y acogedores;
rayos que nos traen
diálogo, benignidad,
bondad, solidaridad
servicio, respeto y alegría,

amor a todos:
CAMINOS DE PAZ
“porque Él defenderá en el país
el derecho y la justicia” (Jr. 33, 15);
LLEGARÁ LA PAZ.

Este Sol ilumina a todos,
sin exclusiones.
¿Quiénes somos nosotros
para trazar líneas divisorias?
para levantar muros?
para dibujar fronteras
en la “*casa común*” de todos (LS 1,1),
nuestro planeta?

El amor entrañable
del Padre de las Misericordias
eligió a la más humilde de las criaturas
para hacerla Madre de su Hijo.
Ella con un simple “*hágase*” (Lc. 1, 38)
rebotante de fe y confianza en Dios,
abrió las puertas
al Sol que nace de lo alto,
a la “*Luz del mundo*” (Jn. 8, 12).
Dejemos iluminar nuestros actos
por su claridad
y, con Ella, pronunciemos
nuestro SÍ al amor sin límites
cuando lo contemplemos
recién nacido en Belén,
desnudo y despojado,
en las afueras de la gran ciudad.

La misericordia hecha ser humano
sonríe a los débiles.
Ternura, compasión y perdón
son su rostro.
Es el camino de la Paz,
es nuestra PAZ.
Es “*Dios con nosotros*” (Mt. 1, 23).
¡Es el secreto de Navidad!
¡Aleluya!